

respetó el derecho de los príncipes, pero ese derecho no era más que una usurpación; el derecho verdadero era el de las poblaciones italianas. El general lo tomó en cuenta, pues que llamó los Italianos á la independencia.

Había en Italia, y hay aún en el momento en que escribimos (1), un Estado de una naturaleza singular. Quien dice Estado dice una sociedad laica. Roma tiene por cabeza el jefe de una secta religiosa; son los curas, en su mayor parte extranjeros, los que gobiernan. Hemos dicho en otro lugar cuál fué su régimen en el siglo XVII (2). Si hemos de creer en una carta del embajador francés, las cosas no habían cambiado á fines del siglo XVIII. Cacaull escribe al general Bonaparte: "Segun los registros mortuorios del hospital de la Consolacion de Roma, adonde se llevan todos los heridos, han pasado por este hospital setenta y cinco mil personas asesinadas de diferentes modos en Roma y las cercanías, bajo el reinado del papa actual. Lo mismo sucede en todo el Estado eclesiástico. Segun esto, podeis juzgar de lo demas del gobierno y lo afectos que deben ser á él los pueblos," (3).

Esto es increíble, á fuerza de ser espantoso. Lo que está fuera de duda es que jamas ha habido peor gobierno que el de los papas. Bonaparte escribió desde Bolonia al Directorio: "No puede darse una idea del odio que esta ciudad tiene á la dominacion papal," (4). Los habitantes de las Legaciones, dice en otra parte, "considerarian como la mayor de las desgracias el volver á entrar bajo la dominacion papal." (5). Esto era más que el sentimiento natural que subleva á los oprimidos contra sus opresores; era una antipatia de principios y de ideas. Los cardenales que gobernaban á los Estados romanos eran monjes, muertos que tenían la pretension de estar vivos y de guiar á los pueblos en el camino de la vida. Tal como eran entonces son hoy; no aprenden nada con las revoluciones, porque no son hombres del

(1) 1865.

(2) Véase la parte novena de mis Estudios.

(3) Carta del 8 brumario, año V (Correspondencia inédita de Napoleon Bonaparte, t. II, p. 236).

(4) Carta del 8 mesidor, año IV (Correspondencia de Napoleon, t. I, p. 556).

(5) Carta al Directorio, del 14 mesidor, año IV (Correspondencia de Napoleon, t. I, p. 556).

siglo XIX, viven siempre en el siglo XII. Júzguese por esto de su odio hácia los principios del 89: eran, segun ellos, el infierno desencadenado, y los soldados republicanos que los hacían temblar eran demonios en carne y hueso.

Al culpable que maldice á su juez se le perdona. Hay que tener compasion de los viejos decrépitos que, viendo los ejércitos republicanos en Roma, se creían en visperas de la consumacion final. El embajador de Francia escribió á Bonaparte: "La corte de Roma no sueña más que en la exterminacion de los Franceses en Italia, y está bien decidida, si esto sucede, á continuar aún con sus libelos incendiarios, y por todos los medios á hacer todo el mal que pueda á la república, aunque sea durante siglos. No podrá perdonar á los Franceses la abolicion de la tiranía, de la intolerancia religiosa y del crédito del clero, así como las anatas y tantos derechos y bellas prerogativas como la daba en Francia el antiguo régimen," (1). El general Bonaparte hubiera comprendido que las gentes de Iglesia hiciesen una guerra á muerte á la república francesa. Pero el miserable gobierno de los cardenales, su incapacidad y su mala fe, le inspiraban un profundo disgusto. Busca expresiones de desden para criticar á los curas que fundan su poder en la tontería humana. Citarémos algunos rasgos de su correspondencia para estigmatizar un régimen que en vano la reaccion trata de sostener.

Bonaparte interceptó cartas escritas por los cardenales, en las cuales los príncipes de la Iglesia daban libre curso á su odio, á la vez que á su imbecilidad. Las envió al Directorio con este comentario: "Veréis en ellas la obstinada mala fe de la corte de Roma. He hecho imprimir esas cartas en las gacetas de Bolonia y de Milan, á fin de convencer á toda la Italia de la imbecil chochez de esos viejos cardenales," (2). Algunos dias despues, el general escribió á los directores: "Os envío diferentes documentos que convencerán á la Europa de la locura de los que conducen la corte de Roma. Adjuntos hallaréis dos carteles más, que os convencerán de la demencia de esas gentes. Es deplorable el pensar que esta obcecacion cueste la sangre

(1) Carta de Cacaull, del 27 brumario, año V (Correspondencia inédita de Napoleon Bonaparte, t. II, p. 293).

(2) Correspondencia de Napoleon, t. II, p. 333 (Carta del 1.º pluvioso, año V).

de los pobres pueblos, inocentes instrumentos y en todos los tiempos víctimas de los teólogos. Varios curas, y entre otros un capuchino, que predicaban al ejército de los católicos, han sido muertos en el campo de batalla," (1).

La explotacion secular de la necedad humana clama venganza. Concebimos que haya sublevado la indignacion de Bonaparte. Á veces el joven general se dejaba llevar de otros sentimientos más humillantes aún para la corte de Roma. Veía de cerca á los que se llaman príncipes de la Iglesia; su incomparable bobería le divertía. Escribió al Directorio: "Ningun gobierno era tan despreciado por los pueblos mismos que le obedecian como este. Al primer sentimiento de pavor que causa la entrada de un ejército enemigo ha sucedido la alegría de verse libre del más ridículo de los gobiernos," (2). Un hombre de ingenio no puede divertirse mucho tiempo con los bobos; la cólera domina en la correspondencia de Bonaparte cuando habla de la corte de Roma, y nada le incomoda más que la imbecilidad de esos viejos chochos que se meten á gobernar al mundo (3).

La imbecilidad no excluye la falsedad y el orgullo. Bonaparte conocía los gazmoños: "Timidos cuando se les enseña los dientes, estas gentes son orgullosos cuando se guardan demasiados miramientos con ellos," (4). El joven conquistador no contemplaba mucho á los hombres de Iglesia. Tenía pruebas de su mala fe; viendo que no se podía tener ninguna confianza en sus palabras ni en sus promesas, se hizo engañador con los engañadores. Cuando se leen las cartas de Bonaparte al papa, diríase que es un fiel que no tiene otro pensamiento más que el mantenimiento de su dominacion temporal. El 1.º ventoso, año V, le escribe: "La república francesa será, espero, una de las amigas más verdaderas de Roma," (5). El mismo dia escribe al Directorio: "Mi opinion es que Roma, una vez privada de Bolonia, de Ferrara, de la Romagna, no puede ya existir: esta vieja máquina se

(1) Carta del 15 pluvioso, año V (Correspondencia de Napoleon, t. II, p. 386 y siguientes).

(2) Carta del 12 pluvioso, año V (Correspondencia de Napoleon, t. II, p. 409).

(3) Carta al Directorio, del 25 brumario, año VI (Correspondencia de Napoleon, t. III, p. 587). «Nuestro embajador en Roma instruye al ministro de relaciones exteriores de la conducta de esta imbecil corte de Roma.»

(4) Carta de Bonaparte á su hermano José, embajador en Roma (Correspondencia de Napoleon, t. III, p. 465).

(5) Correspondencia de Napoleon, t. II, p. 449.

descompondrá por sí misma," (1). El 19 germinal, año V, escribe: "La república cispadana se engrandecerá á medida que el papa se reduzca," (2).

Es un hombre político el que habla, no es un enemigo del catolicismo; no hay nada del sectario en Napoleon: para él, la religion, como todo, era un instrumento de poder. No les sucedía lo mismo á los directores: discípulos del siglo XVIII, profundamente imbuidos del odio que la Revolucion tenía á la religion del pasado y á las gentes de Iglesia, hubieran querido destruir el catolicismo y el papado que habían hecho tanto mal á la república. El Directorio escribió á Bonaparte: "Estais demasiado acostumbrado á reflexionar, ciudadano general para no haber sentido tan bien como nosotros que la religion romana será siempre la enemiga irreconciliable de la república, primeramente por su esencia, y en segundo lugar, porque sus sectarios y sus ministros no le perdonarán nunca los golpes que ha dado á la fortuna y al crédito de los primeros, á las preocupaciones y á las costumbres de los otros... El Directorio os invita, pues, á hacer todo lo que os sea posible para destruir el gobierno papal... Bien poniendo á Roma bajo otra potencia, bien, lo cual sería mejor aún, que establezcáis en ella una forma de gobierno que haga despreciable y odioso el régimen de los curas, obrad de modo que el papa y el sagrado colegio pierdan para siempre la esperanza de residir en Roma, y vayan á buscar un asilo á cualquier otro lugar, ó á lo ménos, que no tenga ya en ella poder temporal," (3).

Cuando Pio VI estuvo á punto de morir, Bonaparte preguntó al Directorio qué conducta debía observar. Se le respondió: "Esforzaos para establecer en Roma la democracia representativa." Con esto, el general escribió á su hermano, embajador en Roma: "Si el papa muriese, debeis hacer todo lo posible para que no se nombre otro y para que haya una revolucion," (4). El Directorio permaneció fiel al espíritu revolucionario: "Se debían aprovechar las circunstancias, decia, para libertar á la Europa de la supremacia papal," (5). No eran estos los

(1) Correspondencia de Napoleon, t. II, p. 442.

(2) Correspondencia de Napoleon, t. II, p. 609.

(3) Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État, t. I, página 402.

(4) Carta del 8 vendimiario, año VI (Correspondencia de Napoleon, t. III, p. 463).—Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État, t. I, p. 450.

(5) Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État, t. II, página 50.

proyectos del joven general. No tardó en volver á levantar el poder del papado, sometiéndole la Iglesia constitucional de Francia. El odio del Directorio era más perspicaz que la política del gran conquistador. Había realmente una hostilidad irreconciliable entre la Revolución y las pretensiones de los papas. Esto es tan cierto, que Napoleón, el restaurador de los altares, el nuevo Constantino, ungido y consagrado por el santo padre, se malquistó con él hasta el punto de destruir el poder temporal de los vicarios de Cristo. Fué necesario cometer faltas casi tan prodigiosas como las victorias del emperador, para restaurar el poder pontifical en Roma. Esas peripecias en las cuales los partidarios del pasado veían la mano de Dios, son en realidad las últimas convulsiones de un cuerpo que agoniza. Muchas veces se cree que un moribundo vuelve á la vida; pero precisamente cuando renace la esperanza de salvarlo, se acerca á su última hora. En Santa Elena escribió Napoleón la oración fúnebre del papado: "El gobierno pontificio está gastado; el poder temporal de los papas concluirá como ha concluido la soberanía de los electores eclesiásticos del imperio", (1). Esta predicción se realizará; no hay reacción que pueda devolver la vida á una institución muerta desde hace siglos.

II.

Aún había repúblicas en Italia cuando el general Bonaparte hizo en ella sus maravillosas campañas. La historia de Venecia prueba que es preciso desconfiar del bello nombre de república: esos pretendidos republicanos eran más hostiles á la Francia y á la libertad que los reyes. Y no era sin razón. Los principios del 89 tendían á igualar las clases sociales; debían ser profundamente antipáticas á la aristocracia que reinaba en Venecia, como en todas las ciudades que llevaban el nombre de república, pero en donde la cosa pública había venido á ser el dominio de una estrecha oligarquía. Bonaparte manifestó desde el principio una singular antipatía hacia la nobleza veneciana; la denunció al Directorio como la enemiga implacable de la Francia republicana: "El gobierno de Venecia, dice, es el más absurdo y el más tiránico

(1) *Mémoires du général Montholon*, escritas en Santa Elena.

de todos los gobiernos. Está fuera de duda que quería aprovechar el momento en que estábamos en el corazón de la Alemania para asesinarlos. Nuestra república no tiene enemigos más encarnizados, así como los emigrados y Luis XVIII amigos que les sean más verdaderamente adictos", (1).

La hostilidad de los oligarcas hacia una revolución que inscribía en su bandera *libertad é igualdad* es tan natural que apenas si se la puede criticar á la aristocracia de Venecia. Pero si no hubiese sido más que una oposición política, se hubieran guardado bien los Italianos en romper con el vencedor de Austria. El fanatismo religioso fué el que los obcecó y el que los precipitó en el abismo. Se lee en una carta del embajador de Francia en Venecia: "Por lo que toca á este gobierno, es demasiado cierto que ha manifestado una *aversión excesiva* á nuestra Revolución; es demasiado cierto que varios Franceses han sido víctimas de procedimientos rigurosos; *que el odio á nosotros ha sido cuidadosamente excitado, fomentado, y que la mayor parte de las cabezas, aun las de muchos personajes importantes, han sido enardecidas, extraviadas por el FANATISMO RELIGIOSO*", (2).

Á pesar de las excitaciones de un clero fanático, los Venecianos no estaban de humor de entrar en liza contra la Francia. Permanecieron unidos al Austria todo el tiempo que tuvieron esperanza en el triunfo de los ejércitos austriacos. Pero las victorias tienen un maravilloso prestigio para los oligarcas, así como para los curas. El ministro francés termina la letra que acabamos de citar diciendo que el gobierno veneciano le parecía de buena fe, por el momento, en sus protestas de neutralidad y de buen deseo: "Sus prevenciones, dice Lallement, han sido reemplazadas por la consideración de sus verdaderos intereses; desea francamente ver romper el yugo austriaco, bajo el cual se doblegaba, así como toda la Italia.", Segun esto, la política de la Francia parecía exigir el mantenimiento de la más antigua república de Italia, sin perjuicio de regenerarla con su poderosa influencia. Tales eran también los proyectos del Directorio; pero Bonaparte tenía otras miras, y él fué quien impuso su voluntad á los directores.

(1) Carta del 30 germinal, año V (*Correspondencia de Napoleón*, t. II, p. 655).

(2) Carta de Lallement al general Bonaparte (*Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte*, t. I, p. 396).

Bonaparte, en su correspondencia, no cesa de excitar al Directorio contra la aristocracia veneciana: "El único partido que pueda tomarse, dice, es el de destruir este gobierno atroz y sanguinario", (1). Después del asesinato de Laugier, ya no vacila; su lenguaje respira, ó afecta al menos, una verdadera pasión: "Después de una traición tan horrible, no veo ya otro partido que el de borrar el nombre veneciano de la superficie del globo", (2). Había aún otro partido que tomar. El verdadero culpable era el régimen oligárquico; ¿por qué no destruirlo en provecho de la libertad? Bonaparte parecía entrar en este camino, cuando consintió en tratar con Venecia: estipuló la abdicación de la aristocracia veneciana y la soberanía del pueblo (3). Pero el general no iba de buena fe. Apenas firmado el tratado escribió al Directorio: "Difícilmente puede sobrevivir Venecia á los golpes que acabamos de darla. Población inepta, cobarde y de ningún modo hecha para la libertad, sin tierras, sin aguas, parecía natural abandonarla á aquellos á quienes pertenece el continente", (4).

Hé ahí un lenguaje que contrasta singularmente con los sentimientos republicanos que Napoleón ostentaba como general del ejército de Italia. Fundar repúblicas con una mano y con la otra entregar al Austria una república italiana, esto demuestra al conquistador mucho más que al republicano. Hagamos constar, para honra de la Revolución, que los directores no fueron cómplices de esta odiosa política. Sobre el general Bonaparte pesa la responsabilidad del asesinato de una ciudad republicana. Hasta el último momento insistió el Directorio en que se respetase la independencia de Venecia. Dejaba á su omnipotente general la facultad de reunir á las tres Legaciones ó á la república lombarda; pero no quería sacrificarla á ningún precio. Los directores decían que el honor de la república francesa estaba comprometido; hubieran podido añadir, y el honor de Bonaparte. ¿No había llamado los Italianos á la libertad? ¿Y ahora iba á sacrificar un Estado independiente al enemigo mortal de la

Italia! La oligarquía no era más que un pretexto; no fué Venecia aristocrática, fué Venecia democrática, declarada libre por un tratado, la que fué arrojada como presa al Austria (1). Bonaparte decía que se necesitaba una nueva campaña para arrojar á los Austriacos de Italia, y que los Italianos no valían la sangre francesa que correría á raudales por ellos (2); que las probabilidades de una nueva lucha podían volverse contra la Francia, y que entonces la Italia entera estaría perdida. Sea, respondió el Directorio, pero el honor se habrá salvado: "*Habríamos permanecido fieles á los verdaderos intereses de la Francia, y no habríamos incurrido en una perfidia que no tendría excusa*", (3).

Nos felicitamos de transcribir esas nobles palabras; son la justificación de la república, pero también la condenación de Napoleón. Los historiadores franceses celebran la política del primer cónsul; no estamos aún en el consulado, estamos en plena república; Bonaparte no es más que general, y ya dispone de los Estados á su gusto, segun las inspiraciones de su ambición de conquistador, imitando á los reyes á quienes tenía por misión el combatir. Madama de Stael dice que la cesión de Venecia al Austria fué un atentado tan grande y no menos arbitrario que el reparto de la Polonia. Es preciso decir que es mayor el crimen, porque Bonaparte era el órgano de una república que había prometido amistad y fraternidad á todos los pueblos (4). Madama de Stael prosigue: "Desde este acto, no ha existido ya en el gobierno de Francia respeto alguno por ninguna doctrina política, y ha empezado el reinado de un hombre cuando el de los príncipes ha concluido.", Esta apreciación, aunque severa, es mucho más justa que la opinión tradicional que elogia todo en el primer cónsul y el general y que vitupera todo en el emperador. Los contemporáneos no se equivocaron con él. Cuando vieron al vencedor de la Italia hacer y deshacer repúblicas, trastornar las más an-

(1) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. I, página 453.

(2) Carta del 19 vendimiario, año VI (*Correspondencia de Napoleón*): "Pueblos poco dignos y poco amantes de la libertad, que por carácter, costumbre y religión, nos odian profundamente."

(3) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. I, página 459.— *Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte*, t. IV, página 14.

(4) STAEL (madama de). *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, parte tercera, c. xxvi.

(1) Carta del 11 floreal, año V (*Correspondencia de Napoleón*, tomo III, p. 13).

(2) Carta del 14 floreal, año V (*Correspondencia de Napoleón*, tomo III, p. 26).

(3) Tratado del 21 floreal, año V (*Correspondencia de Napoleón*, t. III, p. 64).

(4) Carta del 8 prairial, año V (*Correspondencia de Napoleón*, tomo III, p. 97.— *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, tomo I, p. 433, 442).

tiguas ciudades, se dijeron: es un nuevo César que se anuncia. Escuchemos al baron de Hardenberg: "Extraña que sea Bonaparte solo el que conferencia con los plenipotenciarios austriacos, extraña que sea también él quien ordena la evacuación de las provincias del Austria hasta el Estado de Venecia, y que fije la suerte de esta república, cuya existencia ha defendido la Prusia sola; extraña que sea el general Bonaparte quien solo dispone de la Italia, que crea y vuelve a crear, forma y reforma las nuevas repúblicas, las amalgama y las divide sucesivamente. Diríase que este hombre se prepara en el Mediodía de la Europa un gran porvenir histórico," (1).

La palabra derecho no se pronuncia en esas frases que más parecen a una glorificación que a una censura; los reyes y sus ministros no sabían lo que era el derecho. Nada más que en Inglaterra se oye un lenguaje digno de un pueblo libre: la destrucción de Venecia asusta a los espíritus políticos. "Es un hombre, se decía, el que destruye un antiguo Estado, sin que el Directorio se atreva a oponerse a ello, sin que el Cuerpo legislativo proteste. ¿Adónde vamos? La inquietud es general. Julio César empezó también por hacer la guerra y la paz como general: fué para él el hincapié del trono. Guardémonos de que la Europa no presente hoy las mismas escenas en mayor teatro, y que, nuevo César, Bonaparte subyugue la Francia y la Europa," (2).

Austria vió también que estaba enfrente de un nuevo César (3). No tenía derecho a quejarse del abuso que Bonaparte hacía de la victoria, porque ella se aprovechó de los despojos y fué cómplice de la violencia. Tenemos la confesión del culpable. Cuando Napoleón reunió la república de Génova a la gran nación, el defensor oficial de la corte de Viena clamó al cielo. Gentz no dejaba de tener razón; pero se acordaba que el emperador su amo había dado la mano a la destrucción de Venecia: "Estoy lejos, dijo, de aprobarla; no la he consi-

(1) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. I, página 458.

(2) Palabras de Hammond, ministro de Inglaterra en Viena (*Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. I, p. 457).

(3) Véase el retrato que el secretario del marqués de Gallotrazo de Bonaparte (*Mémoires d'un homme d'Etat*, t. I, p. 466): "Jamás general concentró con más energía todos los poderes, militar, político y civil, legislativo y ejecutivo, monárquico y popular en su sola persona. Desde Julio César, no vió la Italia sus destinos confiados con ménos reserva en las manos de su vencedor."

derado nunca sino como una triste é imperiosa necesidad. En cualquiera otra circunstancia, la corte de Viena la hubiera rechazado con indignación," (1). Esas circunstancias diferentes se presentaron. En 1814, en el congreso de Viena, nadie obligaba al Austria a guardar los Estados de Venecia; ella misma se hizo una suave violencia. Si en ese gran crimen del asesinato de una nación hubiera que distinguir los grados de culpabilidad, debería decirse que el Austria fué más criminal que la república francesa. Napoleón se ha complacido en Santa Elena en hacer notar todo lo que había de odioso en la conducta de la corte de Viena. "El Senado de Venecia, dice, se había conducido muy mal con la Francia, pero muy bien con el Austria. ¿Qué opinión conservarían los pueblos del gabinete de Viena, cuando viesan que se apropiaba los Estados de su aliada, el Estado más antiguo de la Europa moderna, el que sustentaba los principios más opuestos a la democracia y a las ideas francesas, y esto sin pretexto y por el solo efecto de su conveniencia?" (2). La censura es merecida; pero no disminuye la falta del general Bonaparte. Representante armado de la Revolución francesa, olvidaba los principios proclamados por la Convención nacional, la fraternidad, la libertad, para seguir la deplorable política de los que se repartieron la Polonia. Lo cual prueba que ya al principio, Napoleón era el hombre del pasado y no el hombre de la Revolución; general ó César, viola los derechos de las naciones, como pisotea los derechos de los individuos.

III.

En sus relaciones con Venecia, Bonaparte descendió al nivel de los antiguos diplomáticos; tan pronto era un león, tan pronto era un zorro. La fuerza, unida a la astucia italiana, no ganó nada en esta alianza. Tal fué también la política del joven general respecto del Piamonte. El Directorio hubiera querido republicanizar los Estados de un rey cómplice de las primeras tramas urdidas contra la Revolución francesa. Bonaparte escribió a los directores: "No debeis contar con una revolu-

(1) GENTZ, *Mémoires sur la réunion de Gènes* (*Mémoires et Lettres inédites*, p. 62).

(2) *Mémoires de Napoléon*, por el general Montholon (Paz de Campo-Formio).

ción en el Piamonte; esto vendrá, pero se necesita para ello que el espíritu de esos pueblos esté en sazón," (1). ¿Cómo educaría el general republicano a la nación piamontesa en la libertad? Por medio de la perfidia y la traición practicadas respecto a su rey. Hubo tratados entre la república francesa y el Piamonte. En apariencia, esto era una alianza íntima. El ejército francés gozaría de libre paso en los Estados del rey, y, además, ocuparía las principales fortalezas del reino hasta la conclusión de la paz general (2). ¿Qué era ese tratado de paz? Apenas se le puede llamar una tregua; era más bien un primer paso hacia la ruina de la aliada de la república. Vamos a oír al general Bonaparte cuando estaba en el primer entusiasmo de su republicanismó. ¡Que los pueblos aprovechen la lección!

Bonaparte escribe al Directorio: "El rey es muy poca cosa. Desde el instante que Génova, la Francia y el Milanésado estén gobernados por los mismos principios, será muy difícil que ese trono pueda continuar subsistiendo; se desplomará sin nosotros y por el solo peso de los acontecimientos y de las cosas," (3). Cuando el vencedor de la Italia dice que el trono del rey de Cerdeña se desplomaría sin él, es demasiado modesto; contribuyó a ello, y lo más que pudo. El Directorio, que no comprendía sus designios maquiavélicos, se negaba a firmar un nuevo tratado de alianza con el Piamonte. Bonaparte contestó que no veía por qué no se había de hacer una alianza muy ventajosa para la Francia. "¿Es por el deseo de revolucionar el Piamonte y de incorporarlo a la república cisalpina? Pero el medio de conseguirlo sin choque, sin faltar al tratado, y hasta sin faltar al decoro, es el unir a nuestras tropas y a nuestros triunfos un cuerpo de diez mil Piamonteses, que necesariamente son lo más selecto de la nación. Seis meses después, el rey del Piamonte se encontrará destronado. Es lo mismo que un gigante que abraza a un pigmeo y lo estrecha en sus brazos: lo ahoga, sin que se le pueda acusar de un crimen. Este es el resultado de la diferencia extrema de su organización," (4).

(1) Carta del 9 floreal, año IV (*Correspondencia de Napoleón*, tomo I, p. 237).

(2) Tratado del 15 de Mayo de 1796 (SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. IV, p. 344).

(3) Carta del 30 floreal, año V (*Correspondencia de Napoleón*, tomo III, p. 72).

(4) *Correspondencia de Napoleón*, t. III, p. 451 (Carta del 5 vendimiario, año VI, al ministro de relaciones exteriores).

¡Aviso a los vecinos de la Francia! Todos no son gigantes; hay entre ellos algunos que pueden contarse entre los pigmeos. ¡Que tengan cuidado de los abrazos de sus amigos y aliados! Se verían ahogados, sin que tuviesen el derecho de quejarse: ¿acaso un gigante puede hacer otra cosa que ahogar a los pigmeos? Esto demuestra el buen corazón del dicho gigante. En otro tiempo se decía que los peces pequeños se habían hecho para ser comidos por los grandes. Esto era una brutalidad. La gran nación pone un poco más de decoro: no se traga a los pigmeos, los estrecha en sus brazos poderosos. ¿Es culpa suya si los pobres pequeñuelos se ahogan en ellos? ¡Cuestión de organización! Hé ahí la política del gigante que los historiadores franceses admiran como el ideal de la moderación y de la justicia.

El Directorio concluyó por comprender, y comprendió demasiado bien. Cuando Carlos Manuel IV le anunció su advenimiento al trono, el gigante respondió con una urbanidad exquisita: "La nación francesa y el Directorio no olvidarán jamás lo que el príncipe del Piamonte ha hecho por la Francia." En efecto, el desgraciado pigmeo se había consumido en buenos servicios por su amable vecina. "Había, dice él mismo, accedido a todos los pedidos, ya en contribuciones, ya en vestuarios, ya en municiones para el ejército de Italia, aunque todas sus requisiciones traspasasen de mucho las obligaciones que había contratado," (1). Esto no era bastante. La república francesa deseó a Turin; Carlos Manuel entregó su capital a los abrazos de su vecina. Después el gigante pidió los arsenales; habiendo encontrado el rey que esto traspasaba los límites del decoro, los generales franceses se apoderaron por fuerza, en plena paz, de las plazas de Novara, de Alejandría, de Chivasso y de Suze. El gigante se quitaba la máscara. Nos equivocamos; aun después de esos actos de violencia, observó el decoro. Es cierto que declaró la guerra al reyzeuelo de Cerdeña, pero le sometió al mismo tiempo a firmar una abdicación. El desgraciado Carlos Manuel se halló tan apretado en los brazos de hierro del gigante, que tuvo que firmar su caída, sin perjuicio de protestar en seguida contra ese testimonio excesivo de cariño.

(1) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. II, página 278.